

LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Escena de un Drama inédito,

TITULADO

ENRIQUE III.

Cámara del palacio real en Burgos, año de 1400.

ESCENA PRIMERA.

Pero-Gomez, Fernando de Hineztrosa, Alonso Perez, Diego Henriquez.

Alonso. Decís, Pero-Gomez, que nuestro buen rey y señor está mejor de sus dolencias?

Pero. Nó, mejor no está, atendiendo al mal estado de su salud; pero como la caza es su pasión favorita, y la sola que le distrae algún tanto de sus amargos padecimientos, presumo que vendrá ménos triste, á pesar de que me han dicho que la montería está muy floja.

Fernando. Así será, porque la caza se halla muy castigada.

Pero. Pues á fé de Pero-Gomez que lo sentiría. No por mí sino por nuestro buen amo y señor D. Enrique, que vendrá fatigado y no tendré nada que presentarle para cenar.

Diego. ¿Cómo es eso? ¿Pues qué, ca-

receis de dinero?

Alonso. ¿Y las rentas del estado?

Fernando. En verdad que me sorprende oiros preguntar por las rentas del estado, cuando vosotros, como yo, sabéis quiénes son los orgullosos grandes que las poseen.

Alonso. Dices bien, amigo Hineztrosa, pero nunca creimos llegaría á tal estado su osadía, ni pudimos imaginar que un rey de Castilla no tuviese que llevar á la boca cuando tantos suntuosos banquetes celebran esos *verdugos del trono*. ¡En qué tiempos vivimos! No hace muchos años, en un reinado que aun recuerdan algunos con espanto, se quejaban los grandes de la tiranía del rey que les quitaba sus caudales y los arrojaba de sus estados por su solo capricho; ahora sucede lo contrario: el rey tiene que recoger las sobras de las mesas de esos grandes magnates; miéntas que ellos mofándose de una magestad que juzgan

impotente, gozan tranquilos de sus usurpados bienes.

Diego. Pues guay no llegue un dia en que el rey se canse de sufrir tales desmanes, que nadie gana á D. Enrique en grandeza de ánimo, bien que por sus habituales dolencias no lo pueda demostrar.

Fernando. Es muy grande el saber de esos magnates, y pronto hallarian los medios de captarse su voluntad; porque nuestro buen amo y señor es complaciente y bondadoso si los hay.

Alonso. Sí, pero esa misma complacencia se convertirá en furor, cuando sepa que se han negado á facilitarle los mas precisos alimentos esos mismos vasallos que tanto le deben, y entre quienes ha repartido sus tesoros. Cuando sepa que esta noche en la morada del orgulloso arzobispo de Toledo reunidos todos los grandes de Castilla, gozarán de los encantos de un magnífico banquete, en el que brillará el oro y habrá los mas esquisitos manjares, mientras él carece aun de lo mas preciso... Si yo pudiese mandar, pronto pagarian esos nobles orgullosos, malos servidores de un rey á quien tanto deben, las culpas que á su sabor y sin temor del castigo cometen. Que ciertamente es una mengua para los verdaderos castellanos el que esos moros andaluces den muestras de hostilizarnos y no hayamos ya corrido á escarmentarlos con nuestros aceros.

Pero. ¡Cómo! ¿decís que esos perros descreídos tratan de romper

las treguas otorgadas por nuestro señor D. Enrique?

Alonso. Sí; desde que el fanatismo del hermitaño Juan Sago, indujo al gran maestre de Alcántara á que entrara acompañado de los caballeros de su orden en liza con los moros granadinos, estos se hallan ofendidos y pretenden saber qué causa ha motivado este pequeño rompimiento, que tan caro costó al mal aconsejado caballero que lo emprendiera, y que tan fatales resultados puede producir.

Fernando. Pero ya se habrán tomado las medidas necesarias para conjurar ese rompimiento tan intempestivo.

Diego. Creo que ya les ha mandado nuestro buen rey á decir, que ninguna parte ha tenido en aquella accion debida al fanatismo de un loco: con lo cual se han aplacado algun tanto.

Fernando. Mas vale así; que aunque aborrezco de muerte á esos perros moros, y quisiera verlos esterminados, no se halla el estado en posicion de sostener una guerra que es siempre sobradamente gravosa; y mas aun en las actuales circunstancias.

Pero. Sí; las arcas del tesoro se hallan exhaustas: dígalo sinó la cena de nuestro buen amo y señor.

Alonso. No hay duda en que fueron escesivas las mercedes que su abuelo el rey D. Enrique, de feliz memoria, dispensó á los grandes, agraciado de los buenos servicios que le prestaron.

Fernando. Y no solo fueron escesi-

vas, sino imprudentes las mas de ellas: el rey debia saber que el tesoro de la casa real quedaba exhausto, y que los reyes sus sucesores, si habian de sostener la grandeza y el oropel que á una tan elevada posicion corresponde, era necesario que aun de lo mas preciso se priváran.

Diego. Sí; pero el rey sabia tambien que queria reinar, y que repartiendo sus riquezas lograria captarse las voluntades de los grandes, que tan necesarios le eran, y que de otro modo jamas le hubieran prestado su ayuda, en unos momentos para él tan criticos.

Alonso. Muy á fondo parece que te hallas informado de esos pormenores, amigo Diego Henriquez; y á fé que pudiera haberse acortado un tanto en sus liberalidades tan magnánimo señor, reservando algo para sí ya que por su posicion necesitaba repartir sus tesoros para halagar á los grandes que habian de sentarle en el trono. Pues qué no es mengua para un rey venir cansado de una faena que le sirve de recreo, y en vez de encontrar en una frugal mesa grato solaz á sus dolencias hallarse con que carece de los necesarios alimentos? Un señor de vidas y haciendas, que puede á su antojo y segun le plazca disponer de ellas, mendigará de sus vasallos una cosa que ellos por toda ley divina y humana tienen obligacion de prestarle, cuando él por las muchas liberalidades de sus antecesores, y aun por las suyas propias, ha

menester de esos recursos? Holgárame mucho de ser rey en las presentes circunstancias, que yo sabia cortar de raiz una tan dañadora semilla, y enfrenar el orgullo de esos nobles.

Pero. Pero quizás esos mismos grandes á quien tanto culpais, no sepan á fondo el deplorable estado de las rentas de la corona; que si tal supiesen, serian perjuros para con su rey (á quien rindieron homenaje como á señor que es de vidas y haciendas), si no le favorecieran con sus bienes.

Alonso. Pues si no son perjuros, inventad un nombre que bien les cuadre, porque todos, incluso el noble arzobispo de Toledo, saben la miseria del rey, y ninguno atiende con lo mucho que, en la mala administracion de los bienes de nuestro señor durante su minoría, han usurpado, á remediarla.

Fernando. Pues ved ahí una cosa que no perdonaré jamás: que un ministro de la Iglesia, que debiera dar ejemplo de santidad, se entrometa en las cosas mundanas, y celebre en suntuosos banquetes su destreza en engañar al soberano, es para mí una falta que nunca el prelado de Toledo podrá borrar. Mas me han dicho tambien, que D. Enrique de Aragon, señor de Villena, de Cangas y de Tineo, asistirá al convite, y me estraña mucho que un tío del rey que tanto debe á su sobrino, sea del partido de los que en poco le tienen.

Diego. D. Enrique de Villena con sus cábalas y con su ciencia ha

logrado engañar al rey nuestro amo, imponiendo respeto á los demás grandes por su saber.

Pero. Pues lléveme el diablo si algo entiendo de esa jerga, porque el pueblo dice que D. Enrique estudia la nigromancia, y que es uno de los mas doctos judiciarios que se conocen: ello en fin posee un crecido número de volúmenes, conocidos de pocos, y de muchos ménos entendidos.

Fernando. Y diz que es grande entendedor de la gaya sciencia, y que prepara una querella para presentarla en las cortes de amor de Aviñon.

Alonso. Mas le valiera atender á los negocios del estado, y socorrer con sus muchas rentas al monarca, que gastarse el tiempo en floreos y en fruslerías que de nada sirven. Porque en suma, ¿qué es lo que vale su mentida ciencia? Coja la lanza, cúbrase con el peto y el espaldar, coloque el yelmo sobre su cabeza, y salga por tierra de moros batiendo á los enemigos de la fé; que eso le dará mas gloria que todas las trovas, que en esa maldita lengua provenzal se han compuesto.

Diego. Cada cosa á su tiempo, Alonso Perez: cuando hay paz, un caballero fino y galan debe obsequiar á las damas, y estas gustan mucho de las trovas. D. Enrique de Villena es un caballero muy galan.

Alonso. Ménos cuando se trata de su esposa.

Diego. Tal vez tienes razon en lo que dices, pero la tarde va de-

clinando, y el rey nuestro señor no vuelve aún de su cacería, lo cual siento bastante, pues como soy Diego Henriquez, que quisiera asistir como espectador á ese sumptuoso banquete.

Alonso. Sí: otra de las magnanimidades del arzobispo, ha sido permitir al pueblo que asista á verle cenar, y á contemplar ansioso la abundancia de manjares que inundará sus mesas cubiertas de plata y oro.

Fernando. Pues no son ciertamente esos grandes como nuestro señor, que parte con el pueblo su escasa renta, porque mira en él un infeliz que sufre en silencio el pesado yugo de esos magnates: y ya en las cortes de Madrid, hizo presente, que su empeño era *amparar á los pequeños contra las demasías de los grandes.*

MANUEL CAÑETE.



ANÉCDOTA.

El bizarro marqués de ***, hallándose de embajador por la corte de España cerca de la de Inglaterra, fué admitido un dia en el gabinete de la reina. Su silencio y su melancolía persuadieron á aquella soberana á que el marqués sustentaba una pasion desgraciada; y en un tono bastante espresivo le dijo que deseaba ver el retrato del dulce objeto que le habia inspirado aquella profunda tristeza. El marqués calló, y al dia siguiente envió á la reina un primoroso espejo.

La Vida.

A mi amigo D. Domingo Férros Loureiro.

*Amemos, que no hay tregua diferida
Entre los tiempos y la humana vida.*

JÁUREGUI.



La Infancia.

Ley suprema de natura
En este suelo es llorar,
Que preciso es apurar
El cáliz de la amargura.

Lágrimas vierte la aurora
Al brillar con sus albores,
Y al nacer entre dolores
El infante tierno, llora.

Mas seno de vida henchido
Le consuela en su dolor,
Seno de vida y de amor,
Y queda el niño adormido.

Duerme, duerme, hermoso niño,
En el gremio maternal;
¿Hay dicha á la tuya igual
Siendo el hijo del cariño?

Derrama dulce befeño
En tí la voz melodiosa
De tu madre, que amorosa
Arrulla tu infantil sueño.

Y cuando tus ojos bellos
Abres á la luz del día,
Llena de amor y alegría
Tu madre se mira en ellos.

Con sus pechos te alimenta,
Con sus labios te acaricia,
Y del amor la primicia
Coge en los tuyos contenta.

Y tú con blanda sonrisa
Pagas su amor y desvelo,
Porque entre ella y el cielo
Tu madre queda indecisa.

Goza, goza, tierno infante,
Los albores de tu aurora,
Que si el hombre al nacer llora,
Llora entónces un instante.



La Puericia.

En prado risueño
El niño gentil
Placer bullicioso
Respira feliz.

Veloz cabritillo
Que acorre al vedil
Triscando, le incita
Su huella á seguir.

Fugaz mariposa
Que pinta el abril,
Al niño enamora
Con vuelo sutil.

Entónces donoso,
Con faz de carmin,
El prado cruzando
Intenta la asir.

Su rico penacho
Le vió relucir
Y el ala pomposa,
Cual ledo pensil.

Mas oye el gorgoeo
De fiel colorin
Que á tiernos hijuelos
Comienza á instruir.

Al canto responden,
Del nido al salir,
Y en torno revelan
Mil veces y mil.

Y el niño se agita,
Y en dulce reir
Al árbol poblado
Anhela subir.

Oh niño inocente,
Que en juego pueril
La dicha encontraste!
Detente, ¡ay de tí!

Si el aura apacible
Que infunde el vivir
En pura mañana,
Te halaga infantil;

El día te aguarda
De triste gemir
Que envidies el prado
Dó fuiste feliz.



La Pubertad.

Limpido y manso riachuelo,
Que abarca en su fondo al cielo,
Besa el prado encantador;
Y á ganar la opuesta orilla,
En leve y frágil barquilla,
Navega el niño veloz.

Jardin riente y florido
Mira el niño conmovido
Que le ofrece su verdor;
Ya toca el fin anhelado:
Niño adios díjole al prado,
Jóven al jardin llegó.



La Juventud.

Es terrenal paraíso
Este suelo de ventura
Dó arrivar el niño quiso,
Y dó su ardiente natura
Le inspira amor de improviso?

En vano la fresca rosa,
De gruesas perlas ceñida,
Soberana y ostentosa
Con su brillo le convida
Y con su faz olorosa.

Por otra cándida flor
Su pecho dulce suspira:
Por otra crece su ardor
Y ya su mente delira:

¿Sabe el novel qué es amor?
¡Ay! ¡pluguiese al pio cielo
No ablandar el corazón
En este misero suelo,
Donde al brotar la pasión
Se vierte llanto sin duelo!

Mas tú, jóven, presuroso,
En ese encantado Eden,
Corres tras idolo hermoso,
Corres en pos de tu bien:
Héle allí, sé venturoso.

Derramando los amores,
Dulce y pura, cual estrella,
Aparece entre verdores
Donosa virgen y bella,
Que dó pisa nacen flores.

¿Quién es este hermoso ser
Mas preciado que el tesoro?
¿Es el tipo del placer?
Decídmelo: ¿es ángel que adoro? —

¡Ay, joven! es la Muera.
Ya al imperio de su encanto
Dobla el joven la rodilla,
Y de gozo dulce llanto
Baña en hilos su mejilla:
No llora solo el quebranto.

Su aliento bebe y respira,
Su mirada le penetra,
Besa su mano y suspira,
Demanda amor.... y le impetra:
¡Ay de aquel que amor no inspira!...
Esa atmósfera brillante
Que los amores perfuman,
Nunca ¡oh joven! fulminante
Rayos lance que consuman
Tu porvenir vacilante.

El incienso consume vaporoso,
En tanto que la edad dominadora
Su ventura vislumbra en la grandeza,
Su poder en honores y riqueza.

Cual ave que el espléndido plumaje
De su pomposa cola vana ostenta,
De sus pies no cuidosa del ultraje;
Deslumbra el corazón y le atormenta,
A la ambición rindiendo vasallaje,
Oropel mundanal, pasión violenta
Que entre mágicos brillos y colores
Encubre áspid mortal, como las flores.

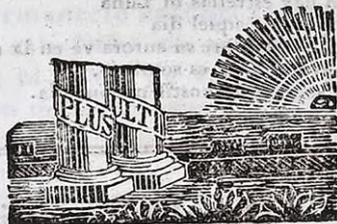


La Virilidad.

De espigas y de abrojos coronado
Alza robusto monte su ancha frente;
Su falda eriza rústico arbolado
Por dó cruza espumoso audaz torrente
Que en abismo sin fin, desmelenado,
Con hórrido mugir húndese herviente;
Y el Sol desde el zenit sobre la cumbre
Socunde magestoso su áurea lumbre.

Allí el hombre contempla su destino
Sin venda de mentidas ilusiones:
El recuerdo le punza de continuo
Del tiempo que sumido en las pasiones
Trebejo de ellas fué; y allí el camino
De crudo porvenir, mil sensaciones
Despierta de dolor, porque en su daño
Le clava dardo agudo el desengaño.

Galan empero el hombre y vigoroso,
La ambición es el ídolo que adora;
Ídolo de presagio funestoso,
Cuyo altar en su llama abrasadora



La Vejez.

Pende sobre el hespérido occidente
Bello globo de luz, cual rica mina
De oro en montaña de coral y plata,
Cuyo disco esplendente
Tibio rayo desata

Que en undivago mar débil reclina.

Adusta playa vése en lontananza,
Dó despertando del falaz ensueño
De la vida el mortal se juzga aislado;
Sin goces ni esperanza

Mira con torvo ceño
Tremendo porvenir, hondo pasado.

De juvenil error lleva la enseña
Que sus miembros encorva y entumece,
Y cuando las pasiones apagadas
Su natura desdeña,

Entónces ¡ay! carece
Del placer de sentir las humilladas.

¡Miserá humanidad! ¡cuántos mortales
Que en viril estación malvados fueron,
Sin fuerzas ni vigor, ya en su impotencia,
Por suavizar sus males
Virtuosos se hicieron,

Virtuosos que abruma la conciencia!



La Decrepitud.

No hay estrellas ni Luna
La noche de aquel día
En que el hombre su aurora ve en la cuna,
Que es mística y es sombría,
Cual sonrisa de hostil melancolía.

Con paso deleznable
Trémulo se encamina
Al terrible *no ser* y perdurable,
Cuya senda ilumina
Solo la antorcha de VERDAD divina.
La voz oye del cielo,
Y en eterna ventura
Su alma hácia el Criador remonta el vuelo,
Mientras guarda el despojo de su hechura
El seno helado de la tumba oscura.

Cádiz: Febrero de 1840.

JOSÉ MARIA DE LA TORRE.

Novelita original de Achille Gallet,

TRADUCIDA POR D. J. MONTADAS.

(Conclusion.)

V.— Libertad.

LA gratitud de Clara no tenia límites; yo vine á ser su guía desde luego, su consejero, su mejor amigo. Ella me rogó que llevase á colmo mis bondades y sacrificios, encargándome la liquidacion de sus rentas y caudales. Clara, constituida única heredera de los bienes de lord Osborn podia muy bien negarlo todo á su tío, que despues de no asistirle un derecho, se habia portado tan bajamente con ella; pero era demasiado sensible para no poder mirar con indiferencia la miseria total de un hermano de su padre. Convi-

nimos en pasarle 100.000 fr. bajo la condicion de que al punto se retirara á América; pero este rasgo de nobleza y generosidad no pudo tener efecto, pues el criado que fué á expresar al tío las intenciones de la sobrina, lo encontró bañado en su misma sangre. Desesperado por ver deshecho el castillo de ilusiones en un momento, fundadas únicamente en aquella grandiosa fortuna, á la que habia sacrificado honor y conciencia, atormentado sin cesar por sus remordimientos, se habia levantado la tapa de los sesos. Desde entonces insté á Mis Clara porque abandonase la bulliciosa mansion de

la ciudad para retirarse al campo, y tuve el gusto de que consintiera, para lo cual compré en su nombre á los alrededores del bosque de Boloña una encantadora casa de campo. Púsele una magnífica biblioteca, escogí una pequeña sociedad, con tanto cuidado como la librería, de cuya reunion llegó á ser nuestro amigo Julio, con sus acostumbradas *importancias*, el miembro mas importante; últimamente, la hice adoptar una vida dulce, apacible, de todos modos conveniente á su situación.

Bajo la influencia de esta vida toda de calma y de tranquilidad, de tan bello cielo y tan seductora naturaléza, empezó Clara á volver á la vida, y yo feliz con esta ventura que consideraba obra mia, gozaba de una satisfaccion interior; cuando recibí carta de mi madre, de mi vieja madre, que enferma, quizá en sus últimos momentos, y á doscientas leguas de mí, deseaba ver, abrazar á su hijo. Desde este tiempo de fonesta memoria (Abril de 33) el *collera* estendia sus malditas alas en las dos estremidades de Francia. Mi madre, anciana y débil, iba á ser quizá víctima; era, pues, preciso partir en el momento mismo. Fui á encontrar á Clara, y la divisé en el fondo del jardin pensando sobre la lectura de la nueva Heloisa de J. J. Rousseau, que tenia en la mano.

—Vengo á despedirme de vos, Clarisa, la dije, y de repente sobresallada dejó caer el libro.

—Despediros! me respondió con un acento conmovido.

—Tened, leed esa carta, y pensad

si puedo no hacerlo.

Tomó temblando el billete; le recorrió prontamente con sus ojos, despues levantando su rostro hácia mí, mas pálido que de ordinario, respondió:

—La súplica de una madre es sagrada; partireis, Eduardo, pero en vez de viajar solo, tendreis un compañero de viaje, sobre el cual no pensabais.

—¿Qué quereis decir?

Permaneció entónces silenciosa, y poco satisfecha de no ser comprendida; el rubor de su situacion coloreó un momento sus pálidas mejillas; despues fijando sus negros ojos sobre los míos:

—Quería decir, repitió con firmeza, que Clara vuestra amiga, vuestra hermana hoy, puede desde mañana ser vuestra esposa y acompañaros donde quiera que el destino os guie.

Entónces lo comprendí todo; entónces me ví frente á frente con la mas dulce ilusion de mi vida.

—Oh! ¡pero esto es imposible! decia yo; Mis Clara, tan noble, tan rica dar el título de esposo al pobre Eduardo, sin un nombre esclarecido, sin rango ni fortuna, con la esperanza solo de un artista!...

—¿Y yo qué tenia, me dijo bañada en lágrimas, cuando me arrancasteis de mis verdugos? ¿Cuál era mi porvenir? —Callad, por Dios, Eduardo, bien debeis conocer que nunca podria pagar mi deuda... Para siempre! exclamó llevando mi mano á su pecho.

—¡Para siempre! repetí enardeci-

do, besando con la mayor viveza la linda y blanca mano que estrechaba la mia.—

Cuatro meses despues, mi madre estaba restablecida y capaz de si-

gurar en la danza popular que finalizó nuestras bodas y en la cancion de la *marsellesa*, propia de mi pais.

J. MONTADAS.

LAURA Y LA MARIPOSA.

Bajo un cielo el mas sereno
Y en un valle solitario,
La jóven Laura moraba
Léjos del humano trato;
Sin saber de las ciudades
Los bulliciosos cuidados,
Sin conocer de los hombres
Los fementidos halagos,
Vía deslizarse puros
Los dias, meses y años,
Tan puros como su pecho,
De la inocencia altar santo.

Una cariñosa madre,
Con solícito cuidado,
De virtud por el sendero
Iba á la vírgen guiando:
Respiraba sin zozobras
Sin anhelo un aire sano,
Para su salud tan bueno
Como para sus encantos.
Si encendidas se notaban
Sus mejillas de alabastro,
Rosas eran que el pudor
En su rostro ha dibujado.

Aun no torpes espresiones
Hirieran su oído casto,
Ni de adulador rastrero
El acento almibarado
En mal hora le insinuára
Que es de belleza un dechado.
Sobre un tapiz fresco y muelle

De lirios, trébol y acanto,
Al márgen de un arroyuelo
Sentada estaba formando
Una vistosa guirnalda;
Y en el cristal terso y claro,
En que se ve retratada,
Su rostro de cuando en cuando
Inocente comparaba
Con los claveles del ramo.
Una mariposa entónces
Tambien el matiz variado
De sus rozagantes alas
Altiva ostenta girando
Con leve é incierto vuelo,
De la inconstancia retrato.
Todo la atrae; pero nada
Consigue fijar su paso,
Y hace cual conquistadora
Al pensil su tributario.
Hora á la humilde violeta
Abre el seno recatado,
Hora al tulipan soberbio
Calca el pétalo acendrado;
Con ala versátil luego
Huye, y pára en el nevado
Cáliz de erguida azucena
El dulce néctar libando:
Desdeña la abierta rosa,
Mas prodiga sus halagos
Al pimpollo que le niega
Su seno y aroma blando.

Ve Laura el brillante insecto,
 Y en sus arreos pintados
 De azul, de púrpura y oro
 Fija los ojos pasmados.
 Del tierno pecho impaciente,
 Que arde en ansias de pillarlo,
 Se exhala un hondo suspiro,
 Un primer suspiro acaso.
 Mas leve que el cervatillo
 Que huye de fiero leopardo,
 Corre la verde pradera
 En pos del insecto alado.
 Él tiene el incierto vuelo,
 Y ella con trémulo paso,
 Sin respirar, ya se acerca....
 Ya llega.... estiendo la mano....
 Pero el soberbio volátil
 Lánzase al aire liviano:
 Siendo espuela la esperanza,
 Y aguijon el desengaño,
 Con mas ardor le persigue
 Que ántes de haberla burlado.
 Él infiel sobre el capullo
 Póssase de un amaranto,
 Acéchaló Laura, vuela....
 Ya le tiene aprisionado.
 Sacude el triste las alas,
 Se agita y en tono amargo
 A la cruel que lo ha preso
 Así le dice acuitado:
 «Vuélveme la libertad,
 «Oh reina de las zagalas!
 «Que el tornasol de mis alas
 «Forma toda mi beldad:
 «Eo mí nada es realidad,
 «Todo es engaño y falsía,
 «Y es tal la desgracia mia
 «Con tan brillante apariencia,
 «Que es mi precaria existencia
 «El pasatiempo de un día.»
 Dijo, y la cándida jóven
 Se enternece, abre la mano,

Y escápase por los aires
 El cautivo alborozado.
 Suspira ella, y en un bucle
 De sus cabellos, ufano
 Él meciéndose la dice
 Con acento enamorado:
 «Respiras, Laura querida,
 «En este valle dichoso
 «La inocencia y el reposo
 «Único bien de esta vida:
 «Ya del pueblo te convida
 «El bullicio seductor,
 «En él verás al amor
 «Hecho instable mariposa
 «Volar de hermosa en hermosa
 «Como yo de flor en flor.
 «Si por un fatal acaso,
 «Deslumbrada con su brillo,
 «Tu pecho intenta sencillo
 «Fijar su inconstante paso;
 «Medita bien, Laura, el caso,
 «Templa tu pasión fogosa,
 «Pues cuando juzgues dichosa
 «Ganar la palma anhelada,
 «¿Qué habrás alcanzado? — nada,
 «Coger una mariposa.»

PEDRO C. LABAT.



VERSOS IMPROVISADOS Á BORDO DEL CORIANO.

Brilla entre nubes el Sol
 Teñida su faz de grana,
 Yace el mar tranquilo y puro.
 Y apenas suspira el aura:
 Torrentes de luz arroja
 El astro rey, que en las aguas
 Olas forman de topacios
 Entre otras olas de plata;
 Mientras yo contemplo absorto
 Tal belleza sobrehumana,
 Y á Dios bendigo en sus obras
 Porque hizo el Sol y las aguas.

D. MARTIN DE FREYTAS.

Novela histórica.

(Continuacion.)

—Siempre tu sueño, murmuró el rey haciendo un movimiento que expresaba su impaciencia. Vamos, María, explícame ese sueño; ¿no tiene mi amor derecho á tus pensamientos del día? ¿pues por qué me has de ocultar los pensamientos que te atormentan por las noches?

—¿Cómo reconozco en vos, Señor, esa bondad que todos desconocen, porque se oculta en el fondo de vuestro pecho! En vez de reir de mi debilidad empleais vuestro ascendiente para combatirla. No os burlareis de mí ¿no es cierto?

—De ninguna manera, mi bien, ya te escucho.

—Pues bien, Señor. Os habiais aparecido en mi sueño tal cual sois en realidad, me habiais propuesto, como acabais de hacerlo, que fuese vuestra compañera en una partida de caza, yo habia aceptado, y cabalgaba al lado vuestro orgullosa al considerar vuestra interesante figura y vuestra destreza, diciéndome á mi misma que si no hubiérais nacido rey los pueblos os hubieran elegido por su soberano.

—¿Cómo me lisonjeas!

—No lo creais; os digo la verdad, ó al ménos si no os la digo os manifiesto lo que pienso; vos cabalga-

bais tambien al lado mio, cuando entramos en un sombrío bosque; vuestros perros hicieron saltar un gamo. Le persiguieron con grandes gritos de alegría, yo le perseguí tambien, pero triste y como impelida por un poder sobrenatural; yo queria dar voces, queria detener al caballo que me arrastraba, y queria sin saber por qué decirs que no persiguiései á aquel desventurado animal; yo no tenia voz, me habian abandonado las fuerzas, y ántes se hubiera hecho pedazos mi pecho que pronunciar un solo sonido. Finalmente, despues de una carrera, cuya longitud no pude calcular, y en la que nuestros caballos cual si tuviesen alas escalaban montes, atravesaban rios, y saltaban precipicios; el desventurado gamo empezó á cansarse, y lo mas extraño era que siguiendo la caza que estaba demasiado léjos para que pudiese verla yo, la observaba jadeando, arrastrándose y pegando saltos de desesperacion cada vez que los ladridos de los perros y las bocinas de los monteros se oian mas próximos adonde se hallaba. De repente una flecha partió de entre unas zarzas sin que yo pudiese ver el brazo que la habia lanzado, y el gamo herido en la espalda dió toda-

vía algunos pasos, cayó después sobre sus rodillas y se revolcó en su sangre, á medida que se acercaba la hora de su muerte. Vos, Señor, habreis tenido alguna vez sueños en que lo verdadero y lo falso, lo fantástico y lo positivo se confunden de tal suerte que es imposible distinguir la realidad de la ilusion. Cuando la hora de su muerte se acercaba, sus miembros, que aumentaban en volumen, dejaban de ser los de un animal, y tomaban la forma de los de un hombre; algunos momentos después de aquella metamorfosis, di un agudo grito: habia reconocido á mi hermano atravesado el costado por una flecha, y que en su última convulsion hizo un esfuerzo para volverse hácia donde yo me hallaba, y me dijo:

«María! María! cuidado en el monte!» y al momento espiró.

—¡Debilidad! contestó D. Sancho: ¿no reconoces en ese sueño fantástico las incoherentes visiones de la noche?

—Nó; de ninguna manera, prosiguió María. Debeis creerme. He soñado otras veces y ninguno de mis sueños me ha causado tan grande impresion; no despreciéis este aviso. Mis fantasías anteriores no tardaban en desaparecer de mi imaginacion, el cuadro en que se contenian sus montes, sus precipicios y sus paisajes desaparecian; cuando el Sol empezaba á dorar con sus vivificadores rayos la superficie de la tierra, desaparecian como una columna de humo arrastrada por el viento, mientras que hoy lo veo todo como cuan-

do soñaba: el cadáver de mi hermano está tendido al pie de una roca coronada de abetos, cerca de un estanque en que se reunen las aguas de una cascada, frente de la que hay una antigua ermita arruinada por los moros y que ostenta en su carcomida torre una cruz hecha pedazos. Creedme, Señor, ya esté despierta ó yazca en brazos del sueño, todo esto se presenta á mi vista, lleno de realidad, y no hace mas que atormentar mi corazon....

—Yo puedo considerarme feliz, porque tu sueño amenazando á tu hermano haya respetado los encantos de mi hermosa María: si así no hubiera sucedido, confieso que no estaria tan tranquilo.

—No he concluido todavía, Señor: y me interné mas y mas en mi ensangrentado sueño. La caza continuó, porque parecia que yo sola era accesible á los deseos de aquella vision; yo continuaba sin hablar y siempre conducida por una fuerza superior, seguí mi carrera por los bosques, y los perros no tardaron en levantar una cierva blanca que descendió á la llanura con toda la velocidad de su carrera; se reprodujo la escena que tuvo lugar con el gamo, y como parecia que yo estaba dotada de vista segura pude seguirla al traves de las mil vueltas que daba para enganar á los perros; entonces yo era quien participaba de sus temores; yo era quien temblaba á cada ladrido de los perros y á cada sonido de la bocina. Nos aproximamos á la cierva, una flecha se introdujo en su cuerpo, y al mismo

tiempo que yo sentí un agudo dolor en mi costado, su sangre tiñó su blanquísima piel, y yo vi mis vestidos tambien salpicados con mi sangre; una segunda flecha se clavó en su costado izquierdo y un dolor agudo y mortal sentí en mi corazon: la sangre brotó de aquella segunda herida como habia brotado de la primera. La cierva cayó dando lastimosos bramidos; un hombre se acercó á ella con un cuchillo en la mano; la presencia de aquel hombre me causó tanto temor como si se hubiera acercado á mí; se aproximó á la cierva, y á pesar de sus gemidos, sin fijar la vista en mí, que le hacía señas para que no la matase, sepultó su cuèhillo en la garganta del animal, y yo sentí que aquel instrumento cortante entraba frio como el mármol en mi pecho y rasgaba mi corazon. Dí un grito y desperté; á pesar de estar despierta creia que estaba herida, lo creí largo tiempo, miré en derredor mio, busqué el sitio donde se habian clavado las flechas, y me pareció que el sudor en que estaba anegada era la sangre que brotaban mis heridas. Ya veis, Señor, continuó María poniendo las manos en los indicados parajes; las heridas eran aquí y aquí; es una ilusion; es verdad; pero yo padezco demasiado, y pienso que voy á morir. Os suplico que tengais piedad de mí, y no vayais á caza, porque estoy cierta que si hubiera continuado mi sueño, despues de la muerte de mi hermano, despues de la mia, erais vos la víctima que quedaba por sacrificar.

—Dicen, María, respondió el rey, que las fantasmas huyen cuando se las persigue. Harémos lo mismo con tu sueño; irémos á caza, y verás cómo desaparece.

—Nó, no lo creais de ninguna manera.... á ménos que no lo mandeis: soy vuestra vasalla y obedeceré vuestras órdenes. Pero nó, yo no iré; y si quereis creerme, no vayais tampoco.

—Tú harás lo que gustes, mi querida María, y no lo que yo quiera. Si crees que viniendo en mi compañía te amenaza alguna desgracia quédate aquí, luz de mi vida. Quiero evitarte hasta la idea del temor. Cuando vuelva nos verémos, y todo lo habrás olvidado, escepto nuestro amor. Adios, hasta mas ver.

María permaneció algunos instantes estrechada entre los brazos de D. Sancho, cerrados sus ojos y entreabiertos sus labios, como si estuviese desmayada: al cabo de algunos momentos su pecho se ensanchó, lágrimas abundantes brotaron de sus ojos y prorumpió en sollozos. D. Sancho empezó á titubear en su resolucion, permaneció un momento pensativo, y creyendo que su amada le ocultaba algunas noticias que hubiera podido saber:

—María, le dijo, es imposible que un sueño atormente en tanto grado tu corazon: descúbreme lo que tienes, y permaneceré á tu lado.

—Nó, nó, respondió María, id á caza, no tengo mas que deciros; pero volved pronto, pues mi espíritu no estará tranquilo hasta que os vea de vuelta y al lado mio.

—Tus deseos son órdenes para mí, replicó D. Sancho. En vez de adelantarme á Castell o Branco no llevaré mas que hasta Salcedar, y en vez de permanecer ocho dias no estaré mas que tres. Adios pues, hasta dentro de tres dias.

María le despidió con una mirada, porque no podia hablar; los sollozos embargaban su voz, le siguió con la vista hasta que salió de la casa, corrió despues á la ventana para saludarle por última vez, y D. Sancho torció la esquina de la calle. María permaneció inmóvil, fijos sus ojos en el mismo sitio y como si aguardára volverle á ver.

En aquel tiempo tenian lugar en Lisboa escenas que no dejaban de justificar los presentimientos de María.

III.

Los nobles habian correspondido diligentemente al llamamiento de D. Manrique de Carvajal, y como era un caballero rico y poderoso nadie extrañó ver entrar en su casa un tan crecido número de personas; pero el dia siguiente fué grande el asombro y admiracion de los habitantes de Lisboa al ver multitud de obreros que se ocupaban en levantar un dadalso en la llanura que se estiende desde la ciudad hasta la vecina cordillera de montañas. Como todos ignoraban el motivo de la ereccion de aquel patibulo, no podian por ménos que detenerse cuantos por allí transitaban. Por otra parte, los curiosos de la ciudad sabedores del trabajo que se habia emprendido en

el campo inmediato á ella, corrieron hácia el sitio designado; así es que desde el mediodia un gentío considerable ocupaba ya aquel vasto recinto aguardando el éxito de aquella construccion.

La obra se concluyó á las diez: en seguida se estendió sobre el tablado y gradas una magnífica alfombra, sobre la que se colocó un trono decorado con las armas de Portugal y semejante en un todo al del monarca. Sobre el trono colocaron la estatua del rey D. Sancho II, adornada con la corona, el cetro y con la espada de la justicia: la estatua estaba cubierta con el manto real, sobre el que brillaban las insignias de la magestad: una comparsa de escuderos y una tropa de soldados se dejaron ver; los primeros que llevaban los pendones de sus señores, subieron las gradas y se colocaron detras del trono inclinando sus banderas ante el estandarte portugués; los segundos formaron cuadro en derredor del patibulo; y de esta manera permanecieron con gran admiracion de los espectadores, hasta que á eso de mediodia la nobleza de Lisboa que acababa de oír misa devotamente salió de la iglesia conducida por D. Manrique de Carvajal; llevaba en medio á D. Alfonso; hermano segundo de D. Sancho, á quien todos hacian en Cataluña y que de resultas de un mensaje que ocho dias ántes habia recibido se puso en camino, y secretamente habia llegado á Lisboa. Se dirigió hácia la pradera, precedida de una música marcial como si marchase á una batalla ó fuese á

asistir á una fiesta, y seguida de un gentío mucho mas numeroso que el que poblaba el lugar de la escena. Los soldados abrieron paso para facilitarlo á aquella noble asamblea. D. Manrique de Carvajal y el arzobispo de Évora se colocaron á los lados del trono, los demas caballeros

lo verificaron en las gradas, y á distancias que manifestaban el rango á que cada uno pertenecia: un pregonero se adelantó hasta la última grada, los clarines reclamaron el silencio, los nobles desenvainaron sus espadas, y el pregonero pronunció estas palabras.

(Se continuará.)

¿Se acabarán los enredos?

Con este título se ha representado en el teatro de Málaga una comedia en dos actos, primera produccion de nuestro amigo y colaborador D. Luis de Olona, cuyo éxito ha sido sobresaliente. Despues de concluida, el público entusiasmado pidió el nombre del autor, y que se presentase á recibir las muestras de su aprobacion: presentóse al fin el jóven Olona en medio de estrepitosos aplausos, y nosotros, que somos sus verdaderos amigos, le damos la mas sincera enhorabuena por tal triunfo, que no debe en manera alguna embriagarle, y si servirle de estímulo para seguir una carrera que con tan brillante éxito ha empezado. — Los periódicos de aquella ciudad al hablar de esta produccion se espresan en los términos siguientes:

«Un jóven de corta edad que ha podido concebir y desenvolver un

plan, sencillo sí, pero ligero, gracioso, original, sostenido hasta la última escena, desenvuelto con gracia y naturalidad, enlazado con arte y terminado sin esfuerzo, bien mereció que el público le llamára á la escena para recompensar sus tareas.

«El señor Olona es ingenuo, dócil, desconfiado de sus propias fuerzas y trabajador: dotes recomendables que pueden conducirle á una posicion brillante en la carrera dramática. ¡Ojalá poseyéramos muchos jóvenes semejantes, para gloria de nuestra patria y satisfaccion de nuestro país!»

Deseamos, pues, llegue á nuestras manos esta obra, que se halla en prensa segun creemos, para poder unir nuestra voz, con conocimiento de ella, á los que la han tributado elogios.

M. CAÑETE.

INDICE. — Escena de un drama inédito, titulado *Enrique III.* — Anécdota. — La vida; *poesia.* — Novelita original de Aquille Gillet; *conclusion.* — Laura y una mariposa; *poesia.* — Versos improvisados á bordo del *Coriano* — D. Martin de Freytas; *novela histórica; continuacion.* — ¿Se acabarán los enredos? artículo sobre una comedia de este título.

CADIZ: IMPRENTA Y LIBRERIA DE D. D. FEROS,

calle de S. Francisco, núm.º 58.